



San Juan de Colón, estado Táchira, 1916. Abogado, periodista, historiador.  
Presidente Constitucional de la República de Venezuela.  
Individuo de número de la Academia Nacional de la Historia.  
Individuo de número de la Academia Nacional de la Lengua.  
Su obra histórica alcanza vastas proporciones. Pero también debe mencionarse  
su auspicio y aliento a las investigaciones históricas en Venezuela.

---

*El siglo xx venezolano conversado con Ramón J. Velásquez*

---

—ASDRÚBAL BAPTISTA. Yo le escuché al presidente Velásquez —cuya obra histórica es tan importante como su presencia en los acontecimientos de buena parte de la centuria— hace unas semanas una tesis sobre el curso de la historia de Venezuela que tiene, en mi comprensión, la máxima significación posible. Es una tesis con el encanto de servir de enorme riel para echar a andar sobre él el paso del tiempo, de los sucesos y de los acontecimientos. Además, tiene la virtud de iluminar poderosamente las distintas escenas históricas que hemos vivido y que estamos viviendo, pero también incita a pensar, con prescindencia de que ella recoja o no la naturaleza real de los hechos.



Me gustaría comenzar esta entrevista de hoy recordando la tesis del presidente Velásquez. Decía él en esa oportunidad que estos 50 años pasados —40 para ser más precisos—, son un interregno en la vida del país, que este tiempo civil, civilista, libertario, democrático, son un paréntesis en lo que la historia de Venezuela muestra como su trasfondo más profundo, más permanente, más llevadero, que es un modo de vida autoritario, militar, autocrático, profundamente antidemocrático, antilibertario, anticidadano. Y con esta idea por delante son muchas las cosas que a uno se le ocurren como preguntas y como temas.

Que esta sugestiva idea sirva como inicio de esta conversación para así darle la palabra a Ramón J. Velásquez. Sin embargo, antes de así hacerlo, quiero recordar la alusión que Ramón Piñango hizo, en alguna ocasión previa, a las labores del presidente Velásquez, y es por ello que le solicito que haga de nuevo su justo comentario, porque en su contenido se refleja con enorme fuerza lo decisivo de su presencia histórica para la vida del país.

— Ramón Piñango. Esta conversación de hoy con Ramón Velásquez no sólo debe estar centrada en torno a sus reflexiones sobre la historia de Venezuela. Porque la verdad es que una persona como él obliga a ir más allá; obliga a indagar también sobre su condición de actor en nuestra historia. Su caso, y de manera excepcional, es el de un venezolano que puede mostrar una importante obra escrita de reflexión sobre el país, sobre su democracia, sobre su vida política, pero también puede mostrar ejecutorias acciones para contribuir a que aquí crezca el sentir democrático. Y más allá de un sistema político, bajo la idea de democracia me refiero a una cultura, a una manera de ver las cosas, a una forma de trabajar, de tomar decisiones. Us-

---

ted ha contribuido de una manera importante, quiero decir, fundamental, a que en este país crezca la democracia y eso es un mérito excepcional.

Entonces, hay como dos grandes vertientes: su reflexión y su práctica y eso es invaluable en una persona. Muy pocos venezolanos pueden presentar en su hoja de vida estas dos contribuciones al país.

— Ramón J. Velásquez. Sobra decirles que agradezco profundamente esta invitación. Yo le otorgo mucho valor, como contribución al conocimiento de la historia política, a la actividad que también he realizado al margen de las obras escritas y

de mi gestión de servicio público. Se trata de mi tarea al rescatar, ordenar y publicar tanto los archivos de los presidentes Castro y Gómez, como al empeño en rescatar y ordenar piezas fundamentales del pensamiento político venezolano de los siglos XIX y XX y de lograr, así mismo, traer al país los informes de diplomáticos y cónsules de Inglaterra, España, Francia, Alemania, Italia y Estados Unidos que enviaron a sus respectivos países a partir de 1840 sobre los acontecimientos venezolanos. También bajo el nombre

---

***A mi pregunta sobre el nombre del posible candidato a sustituir en su cargo al presidente de la República me manifestaron lo siguiente: “Usted”...***

---

de “Venezuela Peregrina” me propuse rescatar las obras políticas e históricas escritas por los venezolanos en el destierro y que no tenían edición venezolana. De esa colección se publicaron siete volúmenes. Cuando en el año 1959 salí de la cárcel y fui designado secretario general de la Presidencia de la República, me encontré en el segundo sótano de la Guardia Presidencial casi 100 valijas de correo. Recuerdo que el coronel Moreán Soto me dijo: “son valijas llenas de papeles, y es peligroso un incendio, porque los soldaditos, al mediodía, se acuestan sobre ellas a fumar”. Y luego me entregó dos cartas de Cipriano Castro. Al verlas me di cuenta del valor que tenían todos aquellos documentos. Llamé al director del Archivo Nacional, Mario Briceño Perozo y le dije “investigue eso”. La respuesta a la semana fue: “son los archivos de Cipriano Castro y de Juan Vicente Gómez”. Entonces me dediqué con los expertos del Archivo Nacional a rescatar, a ordenar aquella riqueza, y así fue como se fundó el Archivo Histórico de Miraflores.

A partir de 1903, después del fracaso de la Revolución Libertadora, Venezuela fue un país que se fue quedando mudo. Entre 1909 y 1913, a raíz del golpe de Estado que Juan Vicente Gómez encabezó contra el presidente Cipriano Castro, se abrió un período de libertad, en la prensa y en el Parlamento, que concluyó en 1913, cuando Juan Vicente Gómez decidió hacerse reelegir. Desde 1913 hasta 1935, año de la muerte de Gómez, de vez en cuando ese silencio era interrumpido por las protestas solitarias de don Rafael Arévalo González o del doctor Páez Pumar, o por las empresas revolucionarias de Arévalo Cedeño, Peñaloza, Urbina, Gabaldón, Ducharne, o la más grande y también fracasada intentona de Román Delgado Chalbaud. El Congreso Nacional aprobaba leyes y tratados en silencio, solamente interrumpido por los grandes discursos para celebrar el 5 de julio o el 19 de diciembre de 1908. La prensa estaba bajo la más estricta autocensura de los editores. Las

mayorías venezolanas habían entendido que para poder mantener su libertad, trabajar y vivir tranquilos era necesario callar.

Sin embargo, los venezolanos estaban vivos y la prueba de su drama son estos miles de papeles de los archivos de Miraflores que cuentan la historia de todas las regiones. Consideré un deber darlos a conocer a los investigadores y al público curioso de saber su propia historia y liquidar así esa versión del pasado venezolano fabricada a base de panfletos iracundos y desmedidos elogios. Fundé entonces el *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores* y al salir de la Secretaría, en 1964, logré que se me permitiera continuar la redacción de los epígrafes y la revisión del material y hoy la colección consta de 150 volúmenes. Un instituto universitario editó los epígrafes en dos volúmenes. Alguien me criticó una vez: “¿Por qué usted no publica los archivos de Monagas, de Crespo, y solamente se dedica a los presidentes andinos?” La razón es muy sencilla: porque en Venezuela no existen archivos presidenciales del siglo XIX, a excepción del archivo del general Antonio Guzmán Blanco que cuida la Fundación Boulton. La verdad es que los demás presidentes o no guardaron sus papeles, o fueron destruidos por el saqueo el día de su caída, o los conserva la familia. El Archivo Histórico de Miraflores y el *Boletín* son hoy en día, centro de consultas indispensables para poder realizar el estudio del siglo XX y ya han servido como fuentes documentales para la obra de importantes historiadores venezolanos y extranjeros.

En 1974 con el propósito de rescatar las informaciones de los diplomáticos y cónsules acreditados ante el gobierno de Venezuela, promoví la creación de un instituto que se denominó Fundación para el rescate del Acervo Documental de Venezuela (FUNRES). Logramos rescatar los informes relativos a Venezuela escritos por los diplomáticos ingleses, alemanes, españoles, italianos, norteamericanos, mexicanos y argentinos, en su mayoría a partir de 1840. Editamos doce volúmenes que contienen la traducción y ordenamiento de esa valiosísima documentación. Desgraciadamente, la directora de la Biblioteca Nacional, de la cual dependía esa Fundación, decidió clausurarla en 1994, aprovechando el anuncio del presidente Caldera de dar por terminado el régimen de las fundaciones.

Quiero recordar que además en 1960, cuando desempeñaba el cargo de secretario general de la Presidencia de la República, logré que me fuera aprobado el proyecto de rescatar parte fundamental del *Pensamiento político venezolano del siglo XIX* y se publicaron quince volúmenes dedicados a la obra de Fermín Toro, Antonio Leocadio Guzmán, Tomás Lander, Juan Vicente González, Felipe Larrazábal, Blas Bruzual, Francisco Aranda, Pedro José Rojas, Cecilio Acosta, Vallenilla Lanz, Zumeta y Arcaya, hasta llegar a los positivistas de comienzo del siglo XX. En 1983, presenté en el Senado un proyecto que fue aprobado para iniciar las investigaciones y editar documentos fundamentales del *Pensamiento político venezolano del siglo XX*. Tomamos como norma que tanto los documentos oficiales como los que respondían a la oposición de cada época tuvieran el mismo tratamiento a fin de lo-

grar que el investigador o el curioso se acercaran a un escenario, lo más real posible, de aquella época. Si al pensamiento de los positivistas que acompañaron durante toda su gestión a Juan Vicente Gómez, como Vallenilla Lanz, Gil Fortoul, Arcaya, Zumeta, Díaz Rodríguez, Guevara Rojas, le dedicamos varios volúmenes, también lo hicimos con la oposición a la dictadura gomecista empezando con las proclamas de los caudillos liberales y nacionalistas hasta llegar a la oposición que a partir de 1925 inician los pensadores marxistas (Gustavo Machado y Salvador de la Plaza) y luego a los documentos de la generación de 1928 (Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt, Juan Bautista Fuenmayor, Raúl Leoni, Carlos Irazábal, Miguel Otero Silva, etc.), para seguir luego con los períodos de Eleazar López Contreras, Isaías Medina Angarita, la Junta Revolucionaria y Rómulo Gallegos y la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Ahora, ¿cuál es mi visión de la Venezuela actual? Considero que el siglo XX que acaba de finalizar fue un tiempo histórico caracterizado por la paz política, después de casi un siglo de guerras civiles; de integración de la sociedad venezolana que anduvo dispersa en montañas y llanuras, aislada por la falta de caminos. Es el tiempo histórico en que se modifica la estructura de la economía nacional, se logra el avance en los campos de la educación y la cultura, circunstancias históricas que hacen posible el comienzo de una etapa democrática.

A estas razones quiero añadir la siguiente observación: Venezuela como Estado, como nación, a diferencia de México, Colombia o el Perú vino a adquirir las dimensiones actuales solamente en 1777, treinta años antes que comenzara en 1810 el proceso de la lucha por la independencia, cuando el Rey de España Carlos III decidió que entraran a formar parte de la jurisdicción política y militar de la Provincia de Caracas o Venezuela las Provincias de Mérida-Maracaibo (actuales estados Mérida, Táchira, Barinas y Apure); la Provincia de Nueva Andalucía (actuales estados Sucre, Anzoátegui y Monagas); la Provincia autónoma de Margarita (actual estado Nueva Esparta) y la Provincia de Guayana (actuales estados Bolívar, Amazonas y Delta Amacuro).

¿Qué era Venezuela antes de 1777? Se preguntaba Mario Briceño Irigorry para responder: "Nada más que Provincias aisladas sin otra unidad, fuera de tener una Intendencia común para los asuntos fiscales. La primitiva Venezuela era entonces una pequeña porción de territorio rodeada por la vasta extensión del Virreinato de Nueva Granada". A partir de septiembre de 1777 el dominio militar político y administrativo de la Capitanía General de la Provincia de Venezuela o Caracas se extendió en el espacio que va desde las riberas del río Táchira hasta el Delta del Orinoco, lo mismo en Guayana que en Margarita, pero las distancias siguieron siendo enormes, para poder lograr en la realidad esa nueva gran presencia y el poder de los gobernadores de Cumaná, Mérida y Barinas sigue teniendo la vigencia anterior al acuerdo real de 1777 y la autoridad de los Cabildos permanece intacta como símbolo de la vida comunal.

Sin embargo, la forma como se realizó el proceso de conquista y colonización en las provincias de Nueva Andalucía, Mérida, Maracaibo, Barinas y Guayana en cuanto a las razas que se mezclan, así como sus sistema de vida y cercanía geográfica, facilitó la consolidación de la etapa que se inicia en 1777 para permitir el avance de un proceso que venciendo tantos obstáculos llega a culminar en la creación del Estado venezolano.

La creación de una sociedad dividida en estancos: criollos blancos ricos, hijos de españoles; blancos de orilla, pardos, zambos, mulatos, cuarterones y esclavos al crecer unos en riqueza y otros en protestas y ambiciones, originarán a fines del siglo XVIII repetidas conspiraciones y a comienzos del siglo XIX el estallido de una rebelión envuelta en las banderas de la lucha por la independencia y que, lograda ésta se prolongará, hasta volver a convertir el país en un incendio, en los días de la guerra federal.

Venezuela, que había estado ausente del primer plano en la escena hispanoamericana durante los siglos XVI y XVII que marcan el predominio de los virreinos de Nueva España, Nueva Granada y el Perú, se señala por la sorpresiva presencia a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX de una generación de ideólogos, organizadores y militares que conduce la desconocida Capitanía a desempeñar un papel primordial en la revolución continental de la Independencia. Este largo proceso (1812-1824) conmueve, pone en marcha a todos los venezolanos desde Guayana hasta Los Andes, que desde los 14 años de edad ingresan, bien en las filas patriotas o en las de quienes defienden al Rey de España. Y esas masas de orientales, llaneros, barloventeños, trujillanos, guayanenses van a llegar hasta el Perú en su marcha libertadora pero tienen que regresar a la "patriecita" de Páez, pues en Lima, en Santa Fe de Bogotá no los quieren y los llaman los zambos venezolanos.

Lograda la Independencia, proclamada la República, la guerra civil continúa como instrumento para alcanzar el poder y para enfrentarse en los campos de batalla y en la tribuna periodística; unos se llaman liberales y los contrarios son los conservadores. También se enfrentan los héroes de la Independencia para convertirse en caudillos políticos y jefes de los grupos rivales; si Páez es conservador, Monagas tiene que ser liberal y desde entonces el liberalismo y el conservatismo o nacionalismo tienen siempre un apellido: paecista, monaguero, guzmancita, crespista, alcantarista, mochero, matero, castrista. Esas banderas y esos apellidos cubren toda la historia político militar desde 1830 hasta 1903.

Es importante observar cómo con la sucesiva presencia de los caudillos militares que alcanzan el poder, se iban incorporando a la política caraqueña, que era la política nacional, representantes civiles y militares y grupos sociales de la región nativa del caudillo triunfador. Así, con Páez se instalan en Caracas numerosos grupos de la provincia de Barinas y de los llanos occidentales, y con los Monagas ocurre otro tanto con respecto a la gente del oriente del país, con el triunfo de Cres-

---

*Olvidan que  
la democracia  
es un sistema de vida,  
un ejercicio diario  
de vigilancia y  
comportamiento...*

---

po en 1892, aumenta la presencia de políticos y militares llaneros y orientales y finalmente con Castro y Gómez, a la cuota regional se agregan los andinos.

También quiero observar que la Presidencia de la República fue durante un larguísimo período que empieza en 1830 y concluye en 1959 del dominio exclusivo de los caudillos militares o de quienes ostentaban el título de generales. En el período llamado por Gil Fortoul de la oligarquía conservadora fracasaron los dos intentos en que los grupos de ciudadanos trataron de variar la fórmula al proponer la candidatura de un civil. En el primer caso en 1835, la del sabio José María Vargas y

en 1846, la de Antonio Leocadio Guzmán. Vargas, elegido por cinco años, fue derrocado a los seis meses de estar ejerciendo su mandato por un grupo de militares en donde se mezclaban generales bolivarianos con Pedro Carujo, y en 1846 la forma de liquidar las aspiraciones presidenciales de Guzmán fue más expedita pues se le abrió un juicio que lo condenó a la muerte, de la cual fue perdonado por la rivalidad que enfrentó a los grandes jefes nacionales Páez y Monagas. En 1859 con la sublevación de Tirso Salaverría en

---

***Podríamos decir que aparece un nuevo país, que busca sin encontrar, por el momento, la salida hacia una etapa superior del desarrollo nacional.***

---

Coro, Venezuela presencia la aparición de una nueva generación de guerrilleros, que al cabo de cinco años de combates sustituirán en el poder, a los ya desgastados héroes-presidentes de la primera etapa republicana.

Las banderas de esta revolución fueron las tesis liberales que desde 1840 venían predicando Antonio Leocadio Guzmán, Tomás Lander, Felipe Larrazábal, Blas Bruzual y Sebastián Arteaga. Es el liberalismo con sus proposiciones de profunda reforma política, con su sentido popular y demagógico en la oferta de grandes cambios y por el reclamo de nuevas personalidades al frente de los comandos políticos del país. Triunfante la revolución, Venezuela cambia de nombre y se llamará *Estados Unidos De Venezuela* y cada provincia se convierte en un estado cuyo presidente es al mismo tiempo el jefe militar de la respectiva región. El Ejército nacional ahora estaba constituido por las milicias federales que comandan los presidentes de estados y por tanto el presidente de la República, bien sea Falcón, Guzmán Blanco, Alcántara o Crespo tienen que compartir su poder con el de los caudillos regionales. Los gobiernos de Guzmán Blanco marcaron un cambio en el estilo presidencial que también se proyectó a reformas institucionales, la iniciación de novedosos planes urbanísticos de inmigración y vialidad. Se establece la instrucción pública laica, gratuita y obligatoria, se reforman los programas de estudio en la Universidad de Caracas para introducir las nuevas corrientes científicas y se promulgan los Códigos Civil, Penal y Mercantil que consagran la reforma que reclama la sociedad venezolana por los cambios establecidos en la Constitución Federal de 1864.

En 1888, Venezuela entra en una larga crisis política determinada por el crecimiento de la oposición antiguzmancista, debido al tratamiento que el general Antonio Guzmán Blanco le daba a su papel presidencial con un régimen autocráti-



co y un sistema dentro del cual confundía sus intereses personales, que tienen como sede permanente la ciudad de París, con sus deberes como jefe del Estado. La oposición alcanza a las filas de su propio partido y quien en 1889 encabeza la reacción final es el presidente Juan Pablo Rojas Paúl, que había sido escogido por el autócrata como la persona más leal para mantener el control del poder guzmancista, mientras él viajaba a Europa.

Guzmán Blanco decide no regresar a Venezuela y liquidar su empresa política y cuando se creía que había empezado la era de los doctores presidentes del liberalismo amarillo, aparece de pronto el anuncio del ex presidente general Joaquín Crespo que se propone sustituir a Guzmán Blanco y regresar por lo tanto al ejercicio de la Presidencia, a la Comandancia del Ejército y a la Jefatura del Partido Liberal Amarillo. Es en este pequeño paréntesis, 1889-1891, cuando aparecen por primera vez en nuestra historia dos personalidades civiles ejerciendo la Presidencia de la República, Rojas Paúl y Andueza Palacio, para dar paso a un retorno militar que avanzará desde octubre de 1892 hasta el 13 de febrero de 1959 durante el cual los generales Crespo, Andrade, Castro, Gómez, López Contreras, Medina Angarita, Carlos Delgado Chalbaud, Pérez Jiménez y Larrazábal, desempeñan la función de jefe del Estado, con las brevísimas presencias de Juan Bautista Pérez, Betancourt, Gallegos y Sanabria.

En 1898 con la revolución de Queipa, encabezada por el general José Manuel Hernández, jefe del Partido Nacionalista, se abre el proceso de una crisis nacional que va a determinar la caída del Partido Liberal Amarillo que desde 1864 ejercía, en forma de monopolio, el poder. La crisis tuvo como origen la elección del general Ignacio Andrade como presidente de la República, al término del mandato constitucional de Joaquín Crespo. El candidato popular era el general Hernández, conocido como el Mocho Hernández y de acuerdo con las versiones de la época y el testimonio de los periódicos, el nacionalismo constituyó un movimiento popular de protesta que creció en todo el país y que abarcó a ricos y pobres, a orientales y andinos. La acusación de fraude fue la bandera de esta revolución que fracasó, pero que va a determinar no solamente la caída del presidente Ignacio Andrade sino la del mismo partido liberal amarillo.

De pronto, ocasionando la mayor sorpresa nacional, se recibió en Caracas la noticia de que el 23 de mayo de 1899 el joven general tachirenses Cipriano Castro, en compañía de sesenta oficiales, había atravesado la frontera del río Táchira y ocupado el pueblo de Capacho, mientras que en casi todos los pueblos del Táchira se sublevaban grupos de jóvenes cuyo primer acto fue apoderarse de las armas en las jefaturas civiles. En el primer momento ni el presidente Andrade ni los caudillos y líderes residenciados en Caracas le dieron la menor importancia a esta noticia. Pero la crisis interna del Partido Liberal Amarillo se complicaba por día, por hora y las intrigas en el seno del propio gobierno le impedían que tomara ninguna acción eficaz. El 14 de septiembre, en Tocuyito, cerca de Valencia, se enfrentan las tropas

de la revolución con los ejércitos del gobierno que comandan los generales Ferrer y Fernández y su derrota, para muchos inexplicable, le abre a Cipriano Castro el camino definitivo para el triunfo de su empresa revolucionaria. Cesan los combates y entran las negociaciones entre el reducido ejército tachirenses, que no tenía ningún respaldo en el resto del país, y el gobierno de Andrade que mantenía el control sobre toda Venezuela.

A comienzo de octubre, los negociadores entre Caracas y Valencia –en donde estaba instalado el campamento de Cipriano Castro–, se multiplican, es Manuel Antonio Matos, es Rafael Revenga, son los delegados de Andueza Palacio. Y un día desde el Cuartel General del Ejército situado en San Mateo el general Luciano Mendoza, comandante en jefe del Ejército nacional proclama al revolucionario Cipriano Castro como el nuevo jefe de la nación y el presidente Andrade tiene que huir del país para salvar su libertad. Los liberales amarillos le entregan el poder a Castro, pero muy pronto se dan cuenta que el tachirenses tiene sus propios planes y que de no enfrentársele van a desaparecer de la escena política y militar.

A finales de 1901 se constituye la última y la más grande alianza revolucionaria conocida en Venezuela cuando los caudillos regionales del liberalismo y del nacionalismo deciden unir sus esfuerzos para realizar una revolución que liquide la presencia del tachirenses que ellos han llevado al poder. Encuentran como jefe al primer banquero de la República, Manuel Antonio Matos, que había sido ministro de Hacienda en los últimos gobiernos liberales y persona de extensas relaciones internacionales. Logra Matos con el apoyo de todos los caudillos regionales organizar un ejército de 16.000 hombres y, al mismo tiempo, la colaboración de las empresas internacionales instaladas en Venezuela, de manera principal la New York and Bermúdez Company, la Orinoco, el Cable Francés y el Ferrocarril Alemán, quienes aportan recursos para la compra de armas y la organización de los ejércitos que se extienden desde el estado Monagas hasta Lara y Barinas.

El 12 de octubre de 1902 se enfrentan en la ciudad de La Victoria, en el estado Aragua, el ejército que comanda Cipriano Castro y los 16.000 hombres de las Revolución Libertadora comandado por Matos, Rolando, Mendoza, Riera y Peñaloza. Es la más larga de las batallas en la historia de Venezuela, tres semanas, pues concluye con la derrota de la revolución, el 4 de noviembre de 1902. Un mes más tarde, vendrá el bloqueo de los puertos venezolanos por las potencias europeas Inglaterra, Alemania e Italia. También fracasa y Castro va a consolidar su poder.

A fines de 1901 Castro ha convocado una Asamblea Nacional Constituyente con el propósito de introducir de manera especial a la Carta Magna dos reformas: primero, eliminar la elección del presidente de la República por el voto universal, directo y secreto y sustituirlo por la elección mediante una Asamblea Nacional de Municipalidades y la otra reforma, la que más le interesaba, era la liquidación del Ejército Federal para crear el Ejército nacional, desapareciendo de esta manera la importancia de los caudillos regionales y concentrando todo el poder militar en

manos del jefe del Estado que era también comandante supremo de las Fuerzas Armadas.

Con estas medidas se inicia bajo el régimen de Cipriano Castro un proceso de centralización del poder presidencial que se mantendrá a lo largo de todo el siglo XX y que sufrirá su primera reforma fundamental en 1989 cuando el Senado de la República apruebe la Ley para la Elección Directa de los Gobernadores de Estado y reforme parcialmente la Ley Orgánica del Poder Municipal para crear la figura del Alcalde.

Como ya lo anotamos, desde 1913 Venezuela vivió la etapa de la más larga dictadura de su historia iniciada el 19 de diciembre de 1908 y sólo interrumpido ese silencio por las invasiones o alzamientos guerrilleros y por algunas cartas públicas de periodistas y abogados que creían necesaria su palabra de protesta, no obstante el fracaso que estaban seguros, iban a tener. Pero en este largo período debemos señalar como hechos que van a contribuir en la lenta apertura del camino de la democracia, la realización de una política nacional de vialidad por el sistema de carreteras, que permitirá ir acercando entre sí a las distancias entre las diversas regiones del país y facilitará a los venezolanos conocer gentes y paisajes hasta entonces inaccesibles por falta de caminos. La iniciación de las labores sanitarias que van a culminar en 1931 con la creación del Ministerio de Salubridad constituyen otro acontecimiento de positiva importancia, como también lo es la organización moderna de las finanzas públicas, tarea realizada por el ingeniero Román Cárdenas. A estos hechos tenemos que agregar como episodio histórico, de suma importancia en el siglo XX, el comienzo en 1917 de la explotación de los recursos petrolíferos.

Al margen de todas las reflexiones que puedan hacerse acerca del régimen de explotación de esos recursos, es lo cierto que esta empresa modifica definitivamente el cuadro tradicional de la economía venezolana agrícola y pecuaria y que determina el desplazamiento de la población trabajadora de un extremo a otro del país en busca de los campos petroleros del Zulia y luego del oriente del país. Miles de campesinos de los tres estados andinos, de Lara y de Falcón igual que centenares de nativos de Margarita, Monagas y el Delta abandonarán definitivamente sus tradicionales labores para constituir los primeros grupos de trabajadores de la que muy pronto será la industria más importante del país. Para los campesinos significa el descubrimiento de los valores como el salario, el horario de trabajo, la protección médica y educativa, hechos que transforman su vida y la de su familia. Esos trabajadores irán a constituir pocos años después los primeros núcleos de las organizaciones sindicales obreras venezolanas. También profesionales de la ingeniería, la agrimensura y la administración van a encontrar por vez primera trabajo continuo y bien remunerado; por otra parte, la construcción de obras necesarias para la industria o el transporte de carga y pasajeros, relacionados con esa misma actividad, será la ocasión de surgimiento de los contratistas, que a poco van a

---

*Venezuela, así lo creo,  
no se cala una  
dictadura ni soterrada  
ni abierta.*

---

transformarse en grandes empresarios. Ese pacífico desplazamiento de andinos hacia las costas del lago de Maracaibo, hacia los campamentos de oriente y de gente de las regiones orientales en el mismo sentido van a permitir el acercamiento y la mezcla familiar de orientales, llaneros y guayanese en una forma normal y creciente que hasta entonces no había ocurrido en Venezuela. En silencio va cambiando el mundo de los campesinos analfabetas, de los curanderos, de los picapleitos, de los maestros de obras para dar paso a un nuevo país que empieza a hacerse presente en 1936.

***¿Usted no cree que más allá de la voluntad por hacer la democracia hubo una falla en crear una cultura democrática?***

Las manifestaciones estudiantiles de 1928 son la primera expresión o afloramiento de un país que ha venido modificando su estructura social y que ha aprovechado largos años de paz para aprender a vivir en forma distinta a la que tuvieron que adaptarse sucesivas generaciones del siglo XIX. Además de las prisiones y expulsiones de los estudiantes de 1928 y 1929, el presidente Gómez

respondió a estos reclamos con medidas que también señalaban el comienzo del gran cambio, como fueron la creación del Ministerio de Salubridad, Agricultura y Cría, la promulgación en 1929 de la primera Ley de Trabajo y la creación de los bancos Agrícola y Pecuario y Obrero.

La muerte del presidente Juan Vicente Gómez, el de la más larga autocracia de nuestra historia, señaló el comienzo de ese nuevo tiempo venezolano que va a marcar por su importancia histórica a toda la segunda mitad del siglo XX. El nuevo presidente de Venezuela, general Eleazar López Contreras, que venía de haber desempeñado la Cartera de Guerra y Marina del gobierno del dictador, tuvo la capacidad y decisión para entender que Venezuela rechazaba la continuidad del régimen gomecista y que al mismo tiempo reclamaba grandes cambios en todos los órdenes de la vida nacional. Llegaban al país los viejos jefes políticos exiliados desde 1913 y los jóvenes universitarios expulsados en 1918 y en 1928. Tanto viejos como jóvenes traían como consigna abrir el debate nacional y empeñarse en sembrar las bases de un régimen democrático. En la tarea, el pueblo prefirió a los jóvenes dirigentes con sus teorías socialistas y marxistas dando paso a la fundación de los modernos partidos venezolanos de tendencia socialista. Pocos meses más tarde, los líderes de las tesis cristianas crearon un movimiento político, para oponerse en la plaza pública a los partidos de la izquierda socialista. Simultáneamente se organizaban por primera vez en Venezuela sindicatos obreros, gremios empresariales, gremios profesionales, asociaciones de mujeres y sociedades campesinas.

El presidente López Contreras antes del primer semestre de su ejercicio presidencial, en junio de 1936, promulgó una nueva Ley de Trabajo cuyas conquistas en materia de preaviso, cesantía, antigüedad, reparto de utilidades, salario tenían el mismo valor de profundo reajuste social que las medidas que diez años más tarde, en 1945, le permitieran a Juan Domingo Perón en la Argentina constituirse en el líder máximo de aquel país. Por otra parte, el gobierno trajo misiones pedagógicas

para reformar el campo de la educación, creaba el Instituto Pedagógico Nacional y las Facultades de Ingeniería Agronómica, Medicina, Veterinaria y Economía y multiplicaba el número de Escuelas Normales y Escuelas Primarias. En el campo de la salud se realizó una verdadera batalla contra los flagelos de la tuberculosis, el paludismo, la gastroenteritis, la lepra y las enfermedades venéreas, cuyo éxito salvó miles de vidas y consagra los nombres de Tejera, Gabaldón, Baldó, Vegas, Oropeza, Castillo Plaza y García Maldonado como verdaderos próceres civiles.

Quiero hacer dos observaciones personales para medir la distancia recorrida por el país entre 1935 y 1999: para 1935 había dos universidades en Venezuela, la de Caracas y la de Mérida, pues al comienzo del siglo Castro había clausurado las universidades de Valencia y Maracaibo. Las labores de la Universidad de Caracas se iniciaban en los años pares y la de Mérida en los años impares. Quienes nos graduamos de bachilleres en 1935 teníamos que esperar un año o de lo contrario viajar a Mérida. Afortunadamente en Barquisimeto, Eustoquito Gómez, hijo del general Eustoquio Gómez, presidente del estado Lara y primo del dictador, se había graduado de bachiller y el general Eustoquio no quería que su hijo perdiera el tiempo y solicitó del presidente Gómez la apertura de cursos en la Facultad de Medicina de Caracas. De esa circunstancia familiar nos valimos quienes tampoco queríamos perder el tiempo y deseábamos estudiar en la Universidad de Caracas. Nos dirigimos en un telegrama a Gómez quien ordenó la apertura de todos los cursos. El deseo del general Eustoquio Gómez de que su hijo no perdiera el tiempo nos abrió el camino a varios centenares de estudiantes.

La otra observación se refiere también a los años 1933 y 1934 en el Liceo "Andrés Bello" de Caracas, el único liceo oficial en la capital de la República. Allí nos encontramos estudiantes que veníamos de remotas regiones: Ruiz Pineda, Velásquez y Moreno, del Táchira; Dubuc, Troconis y Berti de Trujillo; Hurtado de Barcelona; Monroy Pitaluga de Calabozo; Raidi de Valencia; Pinto Sifontes de Ciudad Bolívar, Valdivieso de Margarita, Almeida de Maturín. En las reuniones cada provinciano hacía la crónica de su tierra y de esa manera lográbamos noticias más cercanas a la realidad nacional que la que nos brindaban los textos de geografía. Los trayectos para llegar a Caracas eran muy largos y difíciles, en 1925 la construcción de la Carretera Trasandina redujo a cinco días las jornadas entre el Táchira y Caracas que antes eran de 15 días cuando la ruta era por el lago de Maracaibo y el Mar Caribe. Esos cinco días de jornada los redujo la Carretera Panamericana construida por Pérez Jiménez en 1953 a doce horas y dejó construida hasta Barinas otra carretera hacia el Táchira, que completó Leoni en 1965 y que volvió a reducir la jornada San Cristóbal-Caracas ahora a diez horas. Contra la política de carreteras se expresaron en forma violentísima los nuevos líderes políticos de 1936, pero indudablemente para el venezolano que ni entendía, ni quería entrar en complicaciones de apoyo ni de oposición política, el hecho de poder ir y venir por vía carretera de Barquisimeto a Caracas o de Caracas a Calabozo era una ventaja que hacía más

---

fácil su diario vivir. Puede decirse que fueron juntándose muchos acontecimientos de distinto origen e intenciones para preparar el escenario de la democracia. No podía haber democracia en un país de gente que estaba dispersa en las llanuras, perdida en las montañas, pobladores de aldea y pequeños pueblos sin comunicación y que utilizaban los mismos métodos del siglo XVIII en las labores agrícolas y pecuarias y en el trabajo artesanal. La concentración de la población en los campamentos petroleros y en las ciudades que como Maracaibo, Valencia y Caracas iban creciendo y ofrecían facilidades de trabajo estable fueron factores que por primera vez abren el camino para la fundación de los partidos políticos, de los sindicatos obreros y de los gremios empresariales.

El otro hecho de singular importancia y relacionado con la Constitución Nacional y sus reformas tuvo lugar en 1936 con la proposición planteada por el presidente López Contreras al Congreso nacional para que se redujera su período presidencial de siete años, para el cual había sido ya elegido por ese mismo Congreso, a cinco años y simultáneamente establecer una cláusula prohibiendo la reelección para el período inmediatamente siguiente. Acontecimiento sin antecedentes en nuestra historia. Pues es bueno advertir que en realidad después de la reforma federal de 1864 la Constitución Nacional no sufrió grandes cambios, pues la estructura constitucional federal se mantuvo hasta 1999 en lo esencial y sus modificaciones siempre se refirieron a los artículos que fijan la duración del período presidencial y la posibilidad de ser reelegido el jefe del Estado. A lo largo de los gobiernos dictatoriales fue el del presidente Gómez el que más utilizó o abusó de las reformas para resolver conflictos personales con el presidente Castro, con su hermano, con su hijo, con el presidente Juan Bautista Pérez. Siempre con la reforma constitucional pretendía mantener los visos de la legalidad.

Repito, una vez más, que en mi opinión el siglo XX lo ganaron los venezolanos en cuanto a la organización de la sociedad y a la defensa de sus derechos, cosa que también se llama democracia. Errores, fraudes, crímenes pueden haber cometido algunas personas que se hayan proclamado voceros y representantes de la democracia venezolana, pero tales comportamientos no pueden de ninguna manera ocultar o desfigurar la obra en cuanto es avance colectivo y no pueden perderse ni entregarse las conquistas logradas. Hoy cuanto se exige a la democracia es pulcritud en el comportamiento de los gobernantes y eficacia en la labor que asumen. La democracia no tiene apellido adeco, ni copeyano, ni chavista, pues es una conquista que va más allá del ir y venir de los partidos y de los gobiernos. En el siglo XX hubo gobiernos para escoger: malos, regulares y buenos pero hay que partir del escenario de una Venezuela rural como era el país hasta 1920, para pensar en los miles de campesinos que durante el larguísimo y dramático siglo XIX no podían tener en su corral una gallina, un cerdo y menos una vaca pues la guerra civil arrasaba con ellos. Viene a partir de 1903 una paz de hierro, muy dura, la paz de Gómez, pero paz al fin y al cabo, dentro de la cual se va recuperando el ambiente de seguridad en el

campo y en los pueblos, naturalmente que siempre amenazado en ocasiones por el jefe civil y casi siempre por el paludismo.

Es bueno recordar que el venezolano se veía en la necesidad de aceptar los sucesivos regímenes dictatoriales para poder vivir y sostener a la familia pero el venezolano, en su mayoría determinante, fue ajeno a la adulación política que quedaba reducida a grupos señalados y criticados por la sociedad. He vivido en otros países del área latinoamericana y he comprobado allí diferencias sociales y raciales que aquí no se pueden dar. Eso de decir: "bendición mi amo" arrodillándose como lo vi hace años atrás en otros países, o no sentirse seguro de poder aceptar una invitación, la que yo le hacía a un distinguido joven reportero, a entrar a un restaurante que se reservaba el derecho de admisión y cuando no podía hacerlo por el traje y porte alegando que eso pertenecía a una clase más elevada, no se da en Venezuela. El venezolano es igualitario y esa actitud establece diferencias en la formación y estructura de la democracia venezolana. El venezolano, tal vez por el largo trecho de las guerras civiles, siempre tiene un actitud de quien opina cómo es que se debe gobernar. Si a éste esfuerzo del colectivo venezolano de superar las dificultades del medio físico, de la salud, de la educación y de la arbitrariedad política se une su actual formación profesional y cultural y su dominio de todas las tecnologías que rodean al mundo, se puede volver a afirmar que el siglo XX abrió las puertas del país hacia un gran destino.

— Isaac Chocrón. Me da la impresión de que todo lo que el presidente Velásquez ha dicho es que no hay vuelta atrás; que una vez que se ha creado una sociedad civil, urbana y con atisbos democráticos, no se puede volver hacia atrás a una militar, rural y autocrática.

— Ramón J. Velásquez. Lo importante para resaltar es la trascendencia de los cambios ocurridos en el seno de la sociedad venezolana. El avance cultural, económico y político logrado en los últimos sesenta años, pero el mayor de estos cambios se manifiesta cuando el venezolano, repito, que siempre había tenido que vivir en silencio por el temor de sucesivas dictaduras, hace acto de presencia en la plaza pública, en las universidades, en el Congreso nacional y se dispone a expresar su opinión sobre el porvenir del país y plantear sus puntos de vista, naturalmente que no en forma anárquica sino a través de las organizaciones correspondientes, fue desde 1936, para fijar su posición frente a los grandes problemas nacionales. El debate iniciado en 1936 sobre ideologías políticas y acerca de los grandes problemas nacionales no se ha detenido desde entonces, ni aún en tiempos de la dictadura militar de Pérez Jiménez.

Ese debate que es la expresión de la fortaleza democrática venezolana ha adquirido caracteres históricos en esta crisis nacional, pues desaparecidos por su propia voluntad los líderes fundamentales de los partidos tradicionales AD y Copei, la vocería de los intereses de la democracia venezolana la han asumido nue-

---

*La enorme confusión actual es la expresión de una crisis moral y funcional de los partidos políticos.*

---

---

vas personalidades, hombres y mujeres que al fijar sus puntos de vista demuestran gran preparación académica y científica, conquista lograda por las últimas generaciones venezolanas. Cuando no se es vocero de un partido, ni se aspira a una posición de gobierno, esa presencia en el debate político a lo largo de estos tres últimos años tiene que ser motivo de confianza en el futuro democrático del país.

— Asdrúbal Baptista. Gravita sin embargo la pregunta y ¿cómo le damos sentido a la presencia cuando cierra el siglo, de un gobierno que tiene todos los visos de lo que usted llama lo tradicional venezolano? De allí la idea que puse en sus labios de

que estos 40 años, que sin duda han visto grandes logros sociales, son un interregno; que lo permanente venezolano es el autoritarismo, lo militar, la ausencia de sentido institucional para la acción social, el individualismo entendido caudillescamente, el desapego a la ley como norma general y externa.

— Ramón J. Velásquez. Siempre en Venezuela han existido grupos que proclaman su adhesión y admiración por el régimen autocrático y añoran la presencia de Gómez o de Pérez Jiménez. Lo nuevo en este histórico episodio político por el que atravesamos es la presencia de intelectuales que en el pasado figuraron al frente de las

---

***Puede decirse, porque así lo señala la historia, que Venezuela ha sido siempre un país que encuentra las soluciones más inesperadas, por no llamar novedosas como la solución de sus grandes crisis políticas.***

---

organizaciones del marxismo-leninismo y de otros que actuaron como comandantes en los frentes guerrilleros venezolanos y extranjeros de los años sesenta. Este grupo de luchadores hoy se proclaman partícipes y voceros de una revolución “bolivariana, democrática y pacífica” cuyos lineamientos programáticos y definiciones filosóficas todavía esperamos. Algunos piensan que puede tratarse de una copia de la experiencia de Velasco Alvarado en el Perú o de Torrijos en Panamá, otros, por las referencias inamistosas de los Estados Unidos la quieren engranar con el socialismo caribeño de Fidel Castro o islámico de Kadafi. Quien lea los numerosos volúmenes que sobre Hugo Chávez se han publicado no encuentra tampoco una definitiva orientación acerca de esos propósitos revolucionarios. El libro fundamental es *Habla el comandante* de Agustín Blanco Muñoz. Textos más reveladores los publicados por Alberto Garrido en los cuales reúne conversaciones con Douglas Bravo y varios profesores de la Universidad de Los Andes, militantes del Partido Revolucionario Venezolano de Douglas Bravo en cuyas filas entró a militar Chávez Frías, según declaración de estos dirigentes, desde su época de teniente del Ejército. Sí puede advertirse en las conversaciones con Blanco Muñoz que la conspiración militar que encabezaba Chávez Frías mantuvo su actividad casi pública durante diez años antes del 4 de febrero de 1992 y que se aprovechó de los conflictos internos en el seno de la Fuerzas Armadas entre generales de división aspirantes al Ministerio de Defensa y del descrédito de los dirigentes de los partidos políticos que trajeron como consecuencia la división de dichas organizaciones. En razón de ese clima de confusión y debilidad del Gobierno Nacional avanzó Chávez y puede decir lo que ha repetido: “Yo no soy la causa, sino la consecuencia”.



— Ramón Piñango. Presidente, usted ha luchado toda su vida por contribuir a establecer la democracia en este país, ha estado cerca de gente que ha tenido el poder. Pero usted también se ha esforzado porque reine en este país la democracia. ¿Qué obstáculos ha encontrado en esa lucha? ¿Cuáles son los impedimentos mayores que usted ha enfrentado en esa lucha por establecer la democracia? ¿Por qué al final del siglo pareciera que esa democracia está tan endeble, que tiene problemas?

— Ramón J. Velásquez. Tal vez por la falta de tradición democrática existe en Venezuela un extendido sector social que confunde la democracia con las elecciones y cree cumplir sus deberes con este sistema cuando cada cinco años, en la mañana de un domingo, rompe la rutina dominical para ir a depositar un voto en las urnas electorales. Olvidan que la democracia es un sistema de vida, un ejercicio diario de vigilancia y comportamiento y que en las sociedades organizadas el ciudadano se siente responsable de la marcha del país, no porque aspire a ser miembro del Gobierno. Es en los últimos años, a partir del llamado “Viernes negro” de mediados de los años 80, cuando grupos cada vez más numerosos de venezolanos, frente a los problemas que para todos ha creado la crisis económica y los reclamos sociales, toman una posición de presencia y reclamo. Cuando uno ve en la calle movilizaciones que lo mismo abarcan a los ancianos de las jubilaciones, a los profesores de las universidades, a los médicos, bioanalistas y enfermeros de los hospitales, a los profesores del IVIC y a los ganaderos de Portuguesa y de Barinas, tiene que pensar que ya el gobierno no tiene el poder para resolverlo todo y que el crecimiento de las urgencias económicas y de las amenazas sociales han producido cambios en el escenario de Venezuela. En 1991 al referirme a los acontecimientos del 27 de febrero de 1989 dije que: “La gente se salió de sus casas y se quedó en la calle” y en la calle sigue no obstante promesas de los gobiernos o adhesiones partidistas. Esta es una crisis nacional que terminará, no sabemos cuándo, al ponerse en marcha el nuevo Estado venezolano en el cual deben estar integrados todos los factores sociales y económicos que hoy andan anarquizados y enfrentados. Está planteado y crece la amenaza de los problemas. ¿Quién va a encontrar la solución?, no lo sabemos.

Numerosos analistas señalan “el Viernes Negro” como el comienzo de esta crisis que destruye toda la escenografía de “la Gran Venezuela” del presidente Pérez. Cuando se revisa la historia de las bases y de los vaivenes y contradicciones que en materia de política económica y en el orden de la política social realizaron los sucesivos gobiernos a partir de 1974, se halla el camino que conduce a los episodios políticos de 1992 y 1993, puerta de entrada a este complicado episodio de 1999 en donde la pregunta general es “¿para donde vamos?”.

En mi concepto para 1993, AD y Copei —que desde 1959 controlaban las diversas ramas del Poder Público— habían perdido la fuerza y autoridad que lograron mantener durante más de treinta años: crisis puesta en evidencia cuando desde finales de 1991, fueron los medios de comunicación social quienes asumieron un pa-

pel decisivo y directivo en el incierto rumbo que tomaba el país, mientras que los tradicionales jefes supremos y sus grupos personalistas vivían pendientes de la forma como eran tratados en los reportajes, crónicas, manchetas y caricaturas y en los desafortunados radioperiódicos y teleperiódicos de la época. La importancia que cobró dentro de ese ambiente un grupo de personalidades políticas, opositoras al gobierno y que la opinión denominó “Los Notables” creó una especie de dirección suprema de la opinión política que intervino de manera decisiva en los cambios que entonces ocurrieron tanto en la administración pública como en el poder judicial. Este episodio tiene su punto culminante cuando por denuncia del doctor José Vicente Rangel, el Fiscal General de la República, Ramón Escovar Salom, acusa al presidente Pérez ante la Corte Suprema de Justicia por el uso indebido de una partida de los gastos secretos del Ministerio de Relaciones Interiores. La Corte admite la acusación y la mayoría del Senado integrada por los representantes de los partidos Acción Democrática y Copei acuerda suspender el fuero de inmunidad de que gozaba el presidente de la República para que pueda iniciarse dicho juicio. Naturalmente que los representantes de los partidos de oposición en el Senado votaron afirmativamente la medida.

Pocos días más tarde, tocaron la puerta de mi casa de habitación, una noche después de las once. Al cerciorarme que se trataba de Luis Alfaro Uceró pensé que se había equivocado y que buscaba la residencia de Reinaldo Leandro Mora, vecino en la misma urbanización. Pero advertí inmediatamente que alguien lo acompañaba, pocos pasos atrás, se trataba del doctor Hilarión Cardozo, presidente en esos días del Partido Social Cristiano Copei. Los invité a seguir y como comienzo de su conversación me manifestaron que llegaban cansados por una jornada muy larga pues habían tenido sucesivas reuniones con Fedecámaras, Pro-Venezuela, la Conferencia Episcopal y el Alto Mando Militar, relacionadas con la crisis política planteada, me manifestaron asimismo que tanto el problema político como el militar lo tenían resuelto. A mi pregunta sobre el nombre del posible candidato a sustituir en su cargo al presidente de la República me manifestaron lo siguiente: “Usted”, y a una nueva pregunta mía “¿por qué?”, respondió Alfaro Uceró diciéndome que mi nombre había tenido general aceptación. Y a una pregunta final: “¿Quién lo propuso?”, “yo” respondió Alfaro Uceró. Les manifesté de seguida que si ya tenían solucionados los posibles problemas políticos y militares que podía originar el juicio al presidente, creía que debía ser designado en sustitución suya una persona con auténtico dominio de las ciencias económicas y de las finanzas públicas, pues el problema fiscal y los compromisos que el Estado no podía cumplir señalaban la gravedad de la situación y que yo carecía de esos conocimientos. Les propuse los nombres de los doctores Francisco Aguerrevere, Julio Sosa Rodríguez y Enrique Sánchez, éste último para ese momento presidente del Consejo Nacional de Economía y además persona con excelente formación profesional y experiencia práctica en el mundo económico. Días más tarde, en una nueva reunión me manifestaron

que el Alto Mando había discutido y no aceptaba esos candidatos y que había que evitar que el general Iván Jiménez, ministro de Defensa fuera el encargado de la Presidencia. Frente a estas y otras razones acepté la postulación y de seguidas me manifestó el doctor Pedro París Montesinos, presidente de AD, que en nombre de su partido y de Copei me participaba que ni Acción Democrática ni Copei me acompañarían en el gobierno, pues se iban a dedicar a la campaña electoral y que los independientes que pudiera seleccionar tampoco debían marcarse por sus tendencias de simpatía a ninguno de los dos partidos. Esta declaración la ratificó el doctor José Curiel, secretario general de Copei: Yo le dije “Me colocan como en un circo, como el equilibrista que atraviesa una cuerda, sin ninguna red protectora”. Para constituir Gabinete Ministerial tuve en cinco días que solicitar la colaboración de personalidades que estaban dedicados a sus labores profesionales, y que de pronto se veían ante una invitación que no les garantizaba ninguna proyección positiva sobre el futuro.

Durante los ocho meses de mi gobierno no volví a ver a los jefes de esos dos partidos sino en momentos muy difíciles cuando yo los convocaba para informarles de acontecimientos que nunca conoció la opinión pública y para solicitar sus puntos de vista. Alguna vez se me ocurrió pensar que como para ese momento ya habían fracasado dos alzamientos militares, y hay un dicho que reza “a la tercera va la vencida”, a lo mejor creyeron que el tercer alzamiento tendría éxito y entonces el único amarrado iba a ser yo y no los partidos. Por eso siempre digo que presidí una crisis nacional, no un gobierno, pues ya los partidos Acción Democrática con los juicios contra los presidentes Lusinchí y Pérez, y Copei con las divisiones personalistas insalvables, eran campo de anarquía y la opinión callejera que dominaba y que se reflejaba en los medios de comunicación social era, en un sector sacar a Chávez de la cárcel y en el mayoritario elegir, bien a Andrés Velásquez o a Rafael Caldera que ahora representaba también el rompimiento de la tradición. Todo el mundo estaba pendiente de los que habría de venir, no de los problemas que debilitaban el sistema democrático.

En 1959 me había tocado desempeñar una tarea muy distinta a la de 1993, pues se trataba entonces de la instalación del primer gobierno democrático constituido por una alianza de partidos, acontecimiento sin antecedentes en nuestra historia. Era el país democrático que regresaba después de 10 años de dictadura militar. El acuerdo que se reflejaba en la formación de un Consejo de Ministros y en la organización de los estados con la presencia como ministros, presidentes de institutos autónomos y gobernadores de los estados de las personalidades representativas de AD, de URD y de Copei, así como de un grupo de muy destacados venezolanos sin filiación partidista. Era la respuesta de Venezuela a una costosísima y negativa ex-

---

***Cabe preguntar hasta cuándo Hugo Chávez Frías, líder único y máximo de esta situación, puede mantener su política de encantamiento de las mayorías electorales con infinitas promesas de un mundo irreal... Es en extremo preocupante que la voz oficial, a toda hora, estimule el odio social, como camino de solución.***

---

perencia de una década durante la cual había regresado Venezuela a un régimen de silencio y terror que había liquidado la experiencia democrática lograda entre 1936 y 1948. Ese acuerdo de 1958 abarcaba además a todos los sectores económicos, sociales y culturales así como a los medios de comunicación social y a la Iglesia católica en el empeño de rescatar el tiempo perdido y de asegurar la vigencia del régimen democrático.

— Ramón Piñango. Perdón que lo interrumpa, pero en ese momento, en ese gobierno después del 58, a mí siempre me ha impresionado —yo era apenas un adolescente—, Venezuela era un país lanzado hacia el futuro....

— Ramón J. Velásquez. Sí señor.

— Ramón Piñango. Totalmente lanzado hacia el futuro. Los partidos democráticos empeñados en construir, en establecer una democracia, Había grandes proyectos, todos, todos los proyectos de Guayana, la Reforma Agraria, la construcción de carreteras, viviendas, la expansión del sector cultural y quienes estaban al margen del gobierno, inclusive contra él, estaban por construir el sueño socialista en el país. Ahora, ¿qué se encuentra uno a finales del siglo? Que el sueño y el proyecto se esfumaron. Que todo se desgastó, que el país dejó de soñar y dejó de tener proyectos. Que lo

más que cabe es entuertos, es decir, que no haya inflación, que tengamos un poquito de empleo, hay que disminuir la corrupción, etc., etc. Y qué tenemos en el liderazgo, un presidente que aparece nuevamente como lanzando el país hacia el futuro con una idea de reconstrucción, pero al que muy rápidamente se le está desgastando también el sueño.

— Ramón J. Velásquez. El examen que usted hace del escenario nacional en esta última etapa del siglo XX es exacto, pues como antes lo hemos anotado, se trata de una crisis que ha puesto en evidencia conflictos mucho tiempo ocultos y de la misma manera la presencia de otros sectores antes no tomados en la debida cuenta. Podríamos decir que aparece un nuevo país, que busca sin encontrar, por el momento, la salida hacia una etapa superior del desarrollo nacional.

— Ramón Piñango. Entonces, ¿hacia donde vamos? Sin futuro, sin futuro en el sentido de sin ilusión, sin sueño.

— Isaac Chocrón. Acuérdate que el presidente Velásquez dijo que él no podía vaticinar lo que va a venir.

— Ramón J. Velásquez. Mencioné los dos casos, el del año 1959 cuando participé de manera permanente e importante en su construcción, pues era el comienzo de una etapa que se caracterizó por cambios fundamentales en el orden político, en el campo de las instituciones, en la atención al desarrollo social y a la transformación de los métodos educativos. Comenzaba aquel plan de Prieto Figueroa: en cada aldea, una escuela; en cada pueblo, un liceo y en las capitales de los estados, institutos pedagógicos, institutos técnicos industriales y más tarde las universidades

---

***Una de las cuestiones que todavía no están claras es el papel que en la “revolución” del presidente Chávez Frías va a jugar en realidad el pensamiento marxista-leninista de quienes hoy figuran en forma destacada a su lado...***

---

regionales. Fue la época de la reforma agraria y de los grandes planes de vialidad nacional y de la culminación del proyecto de Guayana con la producción de acero y aluminio. En los primeros veinte años el respaldo popular a la acción del gobierno era entusiasta, auténtica y ese apoyo abarcaba a todos los sectores. Por otra parte, el debate político conservó su jerarquía ideológica.

En cambio, el segundo escenario, el de 1993, fue el sorpresivo y lamentable punto final de aquel tiempo, con el desmoronamiento de las grandes fuerzas políticas que lo habían sostenido, con enfrentamientos personalistas cada vez más hondos y absurdos y con el crecimiento de una población urbana que no había conocido lo que es una dictadura, ni tampoco aquellos tiempos de lucha contra una dictadura, ni los de la primera etapa del régimen democrático, que antes describimos. Al mismo tiempo, las nuevas generaciones reclamaban la vigencia de los mismos valores que la democracia había enarbolado en sus luchas de 1936, en 1941, en 1950 y en 1960, pero querían ver a la cabeza de esas luchas a personalidades que no estuvieran manchadas con ninguna acusación.

Puede decirse, porque así lo señala la historia, que Venezuela ha sido siempre un país que encuentra las soluciones más inesperadas, por no llamar novedosas como la solución de sus grandes crisis políticas. Puede decirse además que la crisis económica y el deterioro social originado por las contradicciones y desfiguraciones de los diversos planes económicos realizados en los últimos veinte años fueron factor determinante en el estallido de la última crisis política, con todas sus graves consecuencias. A partir de la campaña electoral de 1998 y a todo lo largo de 1999 el tema político ha sido avasallante y ha ocupado la totalidad del escenario sin que pueda advertirse cuál en definitiva va a ser el rumbo en materia económica del nuevo gobierno que se proclama revolucionario. Por otra parte, la cuestión social se puede tragar a Gabinetes enteros, sin encontrar salida. Cabe preguntar hasta cuándo Hugo Chávez Frías, líder único y máximo de esta situación, puede mantener su política de encantamiento de las mayorías electorales con infinitas promesas de un mundo irreal. Lo digo porque la crisis social es muy profunda y sin tener las características de la colombiana, sin embargo, en su entraña es amenazante.

— Rafael Cadenas. ¿Cómo es eso?

— Ramón J. Velásquez. Sí. Venezuela venía de una etapa de paz política y de mediana paz social como fue el siglo XX, pero la situación ha cambiado y muestra su nueva cara con los signos del hambre, del desempleo, de la prostitución, del crecimiento indetenible de la población de los pobres, de la droga, del desencanto y la rabia del deseo de marcharse a otra parte, frente a unas autoridades que no estaban preparadas para enfrentar esta situación de manera eficaz y sin que por otra parte las medidas económicas o de asistencia social tengan eficacia. Esa gente se metió a chavista, mañana se pueden meter a otra cosa. Cuando uno se entera por la televisión de los motines y los muertos en las cárceles, gente toda menor de treinta años, cuando contempla las interminables filas de mujeres y hombres jóvenes a

---

las puertas de cualquier oferta de trabajo y también en las afueras del Palacio de Miraflores en busca de llenar una planilla para una hipotética ocupación, y cuando se entera del robo de bolsas de comida o la petición de hombres y mujeres aparentemente bien trajeados y de edad avanzada que le piden para comer, tiene que pensar que el crecimiento alarmante de asesinatos, asaltos, secuestros y robos forman parte de esta situación que envuelve al país. Frente a estos escenarios es en extremo preocupante que la voz oficial, a toda hora, estimule el odio social, como camino de solución.

— José Luis Vethencourt. Yo quiero hacer un comentario muy breve, y en realidad apenas estructurado. El resumen tan bueno que nos ha hecho el doctor Velásquez de la historia de Venezuela, y sobre todo de los últimos tiempos, permite afirmar que Venezuela no soporta una dictadura, simplemente no la soporta, o para decirlo con una expresión muy decidora, no se la cala. La enorme confusión actual es la expresión de una crisis moral y funcional de los partidos políticos. Ellos se desplomaron porque dejaron de hacer cosas importantísimas que les correspondía llevar adelante; tenían los recursos económicos, tenían los recursos técnicos, tenían la inteligencia al alcance de ellos como para lograr una mejoría económica del pueblo venezolano, para que no fuesen tan tremendas las diferencias. Pero apenas se hizo algo; realmente nada se hizo por las gentes de los cerros. En fin se olvidaron de su misión, de la verdadera misión que les había encargado el país. Pero Venezuela, así lo creo, no se cala una dictadura ni soterrada ni abierta.

Yo observo un fenómeno doctor Velásquez en las relaciones entre los militares y los civiles. Nunca pude imaginarme una situación como la de hoy con tanta gente hablando por la televisión, intelectuales, profesores, comentaristas y discutiendo la presencia de los militares en la vida pública, en ciertos cargos públicos. Es decir, atacan a los militares no por ser militares sino porque están ocupando una cosa que no tienen por qué ocuparla. O sea, le hablan muy claro. Eso nunca había ocurrido en Venezuela: que los civiles estuvieran hablándole claro a los militares, tan abiertamente. Los están retando pero sin ofenderlos Y por parte de los militares lo que se ve es que quieren aparecer como doctores, llegar a los cargos públicos porque saben de eso. Hay una franqueza abierta, y me asombra —repito—, que aquí se objete a un militar abiertamente y que éste deba justificar su presencia porque también ha estudiado. Sin embargo, lo cierto es que se han venido preparando; han tenido cursos en el Iesa, cursos en la universidad. Hay una cantidad de oficiales de alta graduación que han pasado por cursos reconocidos. De modo que la cosa es en verdad muy compleja.

Mi verdadera preocupación radica en que el conflicto que tenemos hoy en día puede estar planteado entre la resurrección de la izquierda, si puede ser posible una resurrección de la izquierda en este momento, o si la solución va a ser de otro tipo, al estilo del neoliberalismo. Me parece que ahí es donde yace el conflicto. Porque en verdad ha habido tanto descuido del pueblo, tanta miseria como usted dice,

y el planteamiento de la izquierda luce un poco anacrónico ya, es decir, carece de elementos para resolver esta suerte de problemas referidos. Sin embargo, es justo decir que hay gente importante allí, y este es un punto clave del conflicto que tenemos hoy entre nosotros.

— Ramón J. Velásquez. Puede afirmarse que la democracia entre muchas otras iniciativas que adelantó en el campo de sus relaciones con las Fuerzas Armadas Nacionales fue la de estimular la formación de una oficialidad que conociera en todos sus detalles la organización del Estado y sus problemas fundamentales. Así mismo, al modificar una tradición de aislamiento del elemento militar estimuló, o permitió el ingreso de numerosos oficiales activos a las universidades públicas y privadas en donde prefirieron la carrera de Derecho. El presidente Caldera en su primer gobierno creó el Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, IAEDEN, al que tienen que concurrir durante un año los oficiales que van a ser ascendidos a generales o almirantes para dedicarse al estudio de un solo problema que tiene mil variaciones: Venezuela. En el cuadro de docentes de ese Instituto han figurado siempre como en una vitrina de las ideologías, profesores que representan todas las tendencias políticas modernas, sociólogos, politólogos, economistas, historiadores, nadie estuvo excluido. Además de la creación del IAEDEN y de la matrícula de los oficiales activos en las universidades públicas y privadas, los gobiernos democráticos crearon para cada Fuerza un instituto tecnológico que el actual presidente Chávez ha elevado a la categoría de universidad. Además, decenas de oficiales concurren durante estos cuarenta años a los mejores centros de estudios en Estados Unidos y Europa. Esa oficialidad que por lo regular sale espléndidamente jubilada, antes de los 50 años de edad, con la experiencia y la formación que hemos referido se plantea una pregunta: ¿y ahora? Unos van a ejercer la nueva profesión que han logrado adquirir es sus años de oficiales activos, muchos son utilizados por las grandes empresas tanto en los servicios técnicos como en los de inteligencia, numerosos ingresan a la administración pública pero hay un grupo que considera que ha llegado la hora, oportunidad y derecho, de participar en la vida política del país. Algo parecido ocurrió en el Perú cuando el general Juan Velasco Alvarado inició después del golpe militar que derrocó al presidente Belaúnde Terry un gobierno en el cual el Gabinete Ministerial estaba integrado en su casi totalidad por oficiales activos. La de los años finales del siglo XX era una situación muy distinta a la que contemplaba la oficialidad activa en 1945, cuando según revelaciones de sus propios actores, solicitaron la colaboración de Rómulo Betancourt y de Acción Democrática pues carecían de información necesaria para resolver los aspectos de organización y reconocimiento del gobierno que surgiría como consecuencia del éxito del alzamiento del 18 de octubre. Ahora sucesivas promociones de oficiales no solamente cursan estudios de Derecho sino también son politólogos, entre ellos el actual presidente Chávez

---

*En silencio va  
cambiando el mundo  
de los campesinos  
analfabetas,  
de los curanderos,  
de los picapleitos,  
de los maestros de obra*

---

Frías, quien según sus propias declaraciones adelantaba cuando era teniente-coronel activo, antes del 4 de febrero de 1993, un curso de Ciencias Políticas en la Universidad Simón Bolívar cuyo tutor de tesis era el profesor Giordani. Indudablemente desfigura la verdad el presidente Chávez Frías cuando pinta como desastroso el tratamiento dado a sucesivas promociones militares durante los cuarenta años del régimen democrático, pues entre otras reformas se preocupó porque esa oficialidad, además de su formación profesional, lograra la más extensa información sobre la organización del Estado y sus problemas.

*En 1991 al referirme a los acontecimientos del 27 de febrero de 1989 dije que: "La gente se salió de sus casas y se quedó en la calle" y en la calle sigue no obstante promesas de los gobiernos o adhesiones partidistas.*

Una de las cuestiones que todavía no están claras es el papel que en la "revolución" del presidente Chávez Frías va a jugar en realidad el pensamiento marxista-leninista de quienes hoy figuran en forma destacada a su lado y fueron en los años sesenta figuras importantes en el levantamiento guerrillero de esos años y en los partidos de la izquierda marxista. Esta duda acerca de la verdadera importancia del pensamiento marxista se plantea cuando a partir de 1998 la presencia del sociólogo argentino Norberto Ceresole, como asesor del presidente Chávez, ha creado grandes interrogantes acerca del rumbo futuro del movimiento político que el

presidente ha creado.

— José Luis Vethencourt. ¿Usted cree que la sociedad civil en Venezuela ha madurado en algo?

— Ramón J. Velásquez. Creó que sí. Lo ha demostrado en la batalla que viene librando en los últimos años en defensa de los valores democráticos. Y de manera especial a partir de 1998 cuando, supongo que como resultado de las elecciones, desaparecieron del primera plano del combate político las figuras tradicionales de la vida pública, dejando por un momento desierto el escenario del debate. Se puede realizar un balance de la batalla sostenida en todos los medios de comunicación, en los foros y en toda clase de reuniones a partir de diciembre de 1998, y advertir que quienes han asumido la representación de los principios democráticos y su defensa son de manera mayoritaria hombres y mujeres representativos de las últimas generaciones, igual en Caracas que en todas las otras regiones del país, expresando sus planteamientos tanto una conciencia del significado de la crisis, como la necesidad de adoptar tesis y soluciones que estén acordes con cuanto esos mismos cambios reclaman.

— Luis Enrique Pérez. Yo quería hacer un comentario aunque no me logro hacer la pregunta. Yo soy historiador del arte venezolano, y tengo una especie de sospecha que me anda rondando la cabeza desde hace tiempo. Yo veo que los artistas venezolanos en la mitad del siglo XX se preocupan, así lo leo en sus cartas, por acelerar rápidamente la llegada de lo moderno en Venezuela. Es como la misma preocupación de los venezolanos que salen después de la dictadura de Gómez, ese sentimiento que Mariano Picón Salas llamó el mensaje de celeridad, de apurar



rápidamente los procesos de modernización, porque hay una especie de retardo, de inmenso tiempo perdido que hay que recuperar. Es así como uno encuentra que ese proceso de modernización profundamente democratizador estuvo marcado también por un inmenso voluntarismo. Mi sospecha es que ese voluntarismo no se separó lo suficiente de la tradición autoritaria venezolana; es decir, que también ese voluntarismo modernizante y democratizador fue autoritario, que no creó una cultura distinta de la del autoritarismo.

Yo lo veo en cosas muy significativas, por ejemplo, en la Ciudad Universitaria, que es para nosotros los historiadores del arte el gran ejemplo del momento moderno en Venezuela. Pero él es un gesto autoritario; yo no lo cuestiono, me parece maravilloso, pero es un gesto autoritario. ¿Usted no cree que más allá de la voluntad por hacer la democracia hubo una falla en crear una cultura democrática? Es decir, muchas veces yo he tenido la sospecha de que la democracia venezolana no se preocupó por escribir otra historia del país que la que había escrito el autoritarismo, y que terminamos siendo los prisioneros de esa versión caudillista, bolivariana de la historia.

— Ramón J. Velásquez. Cuando analizamos la historia de la República de Venezuela y nos detenemos en el comienzo y fin de las etapas en que políticamente ésta se puede dividir, advertimos inquietantes parecidos históricos en la forma como se inicia tanto en el siglo XIX como en el siglo XX, y cómo concluye cada uno de los episodios. Empezando por la de los héroes de la Independencia convertidos a partir de 1830 en caudillos políticos y presidentes de la República (1830-1861), de seguida, la de los caudillos liberales amarillos (1864-1899), y en el siglo XX la llamada dominación andina (1899-1945) y después de la dictadura militar (1948-1958) la de los gobiernos democráticos y civiles (1959-1998). Se advierte como hechos repetitivos, que el comienzo de cada uno de estos regímenes ha significado para el país una etapa de confianza, de optimismo, de esperanza, de rectificaciones y de grandes proyectos y que el final de las mismas 1861, 1899, 1945 y 1998 están marcadas por un proceso de desencanto, de rabia popular, de críticas tremendas, de liquidación de las organizaciones que presidían cada una de estas etapas, de una reacción contra los valores que significaron, de acusaciones, juicios y desconfianza, al mismo tiempo que según la opinión popular, los personajes y las organizaciones que los van a sustituir tienen ante los ojos de la multitud que los aclama la clave y la solución de los problemas nacionales. Son saltos atrás y adelante, el empeño de volver a empezar. Por ejemplo, el año de 1936 merece un estudio especial pues los venezolanos, en lugar de ponerse a cobrar a los gomecistas los veintisiete años de la dictadura, se empeñaron —lo mismo el gobierno que la oposición—, todo el pueblo y en todas las regiones en tratar de consolidar lo que acababan de obtener, a hacer realidad la democracia como nueva razón de confianza. Ese fue también un tiempo de un admirable renacimiento cultural en todos los órdenes. Los poetas, los escritores, los pintores, los escultores, los dramaturgos compartían con los políticos el empeño

---

de reforma y figuraban a la cabeza de los manifiestos. Muchos de ellos que pertenecían a la generación de 1928 como Arturo Uslar Pietri, Miguel Otero Silva, Francisco Narváez, Guillermo Meneses, Pablo Rojas Guardia, Carlos Eduardo Frías, Joaquín Gabaldón Márquez. La actividad de los pintores, escultores y músicos formaba parte esencial de ese renacimiento, unidos a poetas, escritores y artistas de generaciones anteriores a la de 1928 como Andrés Eloy Blanco, Rómulo Gallegos, Jacinto Fombona Pachano, Fernando Paz Castillo, Luis López Méndez, Manuel Cabré, Monsanto, Reverón, para mencionar algunos de los más importantes. Afir- maban el valor de su presencia como intelectuales y artistas y participaban en las grandes jornadas cívicas de la época.

En esa crónica la trascendencia histórica del año 1936, que fue como la puerta de entrada al mundo de la libertad, deben remarcarse dos cosas que están siempre presentes en la sociedad venezolana: el propósito de asegurar cuanto en cada tiempo logra en su empeño de conquistar la libertad y de marcar una nueva etapa al ritmo de los grandes cambios universales.